

Crónicas del rey leproso (fragmento)

ÍÑIGO DE MIGUEL BERIÁIN

La tácita alianza entre as-Saleh y los frany trajo como extraña e inesperada consecuencia la liberación de los prisioneros cristianos que languidecían en las mazmorras de Alepo. En medio de un júbilo indescriptible, decenas de hombres que creyeron verse abocados a un destino a veces peor que la muerte recobraron de súbito el don más preciado para el prisionero: la libertad.

Entre todos los cautivos liberados se encontraban dos personajes de rancio abolengo: Joscelin de Courtenay y Reinaldo de Chatillon. Joscelin, heredero del perdido condado de Edesa y hermano menor de la simpar Inés, había sido apresado apenas unos meses antes, cuando se dirigía a inspeccionar una de sus escasas propiedades. No era, por supuesto, la primera vez que caía prisionero de los musulmanes, pero en esta ocasión y para su eterno asombro, su hermana se negó a pagar un solo besante por su vida, lo cual, unido a la escasez de su propia hacienda, le hubiera condenado irremisiblemente a un largo cautiverio.

A pesar de ello, por muy larga que hubiera sido su estancia en prisión, difícilmente hubiera superado los diecisiete años que Reinaldo de Chatillon había visto transcurrir entre rejas. Ello no obstante, tan prolongado infortunio no le había privado de un ápice de su antigua gallardía, ni de sus elegantes maneras.

Alto, de grandes ojos verdes y mirada aviesa, Reinaldo de Chatillon había llegado a Oriente treinta años antes con el ejército de Luis, rey de Francia, pero a diferencia de él, decidió, una vez terminada la cruzada, establecerse permanentemente en Ultramar, con el fin de desposar a alguna de las ricas herederas que poblaban una región escasa en hombres casaderos. De entre todas ellas, eligió nada menos que a Constanza, prima del rey Balduino y regente del Estado más poderoso de Tierra Santa: el principado de Antioquía. La princesa, todo sea dicho, no era hueso fácil de roer, sino que durante años se había dedicado a rechazar compulsivamente a todo pretendiente, ya viniera de la corte de Jerusalén o de la de Bizancio, lo cual le había creado una fama de ida que resultó de gran ayuda para los planes de Reinaldo.

Inteligente como era, el de Chatillon comprendió enseguida que la joven princesa ansiaba verse infectada de ese extraño mal llamado amor, al que los trovadores venidos de la lejana Aquitania con la malcriada reina Leonor cantaban como si les fuera la hacienda en ello. Partiendo de esta sutil conclusión, el astuto Reinaldo penetró un día en su palacio cubierto de harapos y, pretextando ser un peregrino en busca de cobijo, penetró en los aposentos de Constanza, a la que apresó sin que pudiera exhalar el más leve suspiro, para luego desaparecer subrepticamente con su preciado botín. Una vez en lugar seguro, el desvergonzado caballero liberó a su cautiva, jurándole que si había actuado de esa forma era porque el ansia por manifestarle su amor le abrasaba el alma, de manera que no tendría ya ni un segundo de reposo si ella no aceptaba amarle tal y como él la amaba a ella.

La incauta Constanza, cautivada por el romántico gesto del caballero y por su indudable audacia, no sólo le perdonó por haberla raptado, sino que, ante el asombro generalizado de los nobles del reino, aceptó contraer con él matrimonio. No obstante, una vez concluido el enlace, la inexperta princesa comenzó a darse cuenta, a la par que la inmensa mayoría de sus súbditos, de que el joven que la había seducido tenía más realmente de codicioso y aventurero que, propiamente hablando, de caballero.

Apenas asentado en el trono, lo primero que hizo fue elevar los impuestos, con el fin de recaudar el dinero suficiente para sufragar una expedición de saqueo a Chipre. Dado que no consiguió ni la mitad de la suma que necesitaba, decidió acudir a los fondos del hombre más rico de la ciudad que, como en todas, era el patriarca de la Iglesia, Aimery. Sin embargo, el prelado se negó a despojar a sus arcas de una sola de las monedas que las llenaban, de manera que el despiadado Reinaldo decidió encerrarlo en la más profunda de las mazmorras de su palacio. Después de eso, sus esbirros lo torturaron sin descanso, hasta que sus heridas eran tan profundas que ya no podía ni sentir dolor. Entonces el propio príncipe le cubrió las heridas con miel y, encerrándolo en una jaula, lo colgó de los muros de la ciudad, bajo el ardiente sol del desierto, hasta que el acoso de los insectos turbó su razón de tal forma que se avino a entregarle la suma solicitada.

La gota que colmó el vaso fue la famosa expedición a Chipre. Gracias a los fondos obtenidos de las arcas del patriarca, el príncipe de Antioquía pudo armar un formidable ejército, con el que se embarcó rumbo a la isla. Una vez allí, aplastó sin dificultad a la débil guarnición de los rum y, durante casi un mes, él y su tropa dieron rienda suelta a sus más bajos instintos. Devastaron los campos, sacrificaron los rebaños, saquearon todos los conventos e iglesias, incendiando todo lo que no podían llevarse; violaron a las mujeres, degollaron a los niños y se llevaron a los hombres para que sirvieran de esclavos. Finalmente, reunieron a todos los frailes y monjas griegas y el mismísimo Reinaldo se encargó de amputarles la nariz, enviándoles así, horriblemente mutilados, a la corte del emperador Manuel en Bizancio.

Aquellos abominables sucesos hicieron que el príncipe de Antioquía se ganara no ya el odio del emperador, que juró vengar la afrenta, sino también la enemistad del rey de Jerusalén, que deseaba a toda costa contar con los rum como aliados frente al creciente poderío de los musulmanes. Por todo esto, cuando el poderoso ejército imperial se puso en movimiento, Reinaldo se encontró con que la mayor parte de los nobles de los Estados Latinos no

pensaban mover un dedo para salvar su cabeza. Aterrado ante la perspectiva de una derrota segura, el otrora arrogante príncipe se presentó ante el emperador vestido de saco, a modo de penitente, y allí, ante los ojos de los embajadores musulmanes y de los nobles bizantinos, se arrojó de bruces a los pies de Manuel, suplicando su perdón. Con ello, y pese al absoluto e indiscriminado desprecio que su gesto provocó en todos los que de él tuvieron noticia, consiguió salvar el cuello y el trono a cambio, como era de esperar, de enormes concesiones, que privaron a Reinaldo del escaso afecto que aún le guardaban sus vasallos.

De cualquier forma, la desazón del pueblo no se prolongó demasiado, porque al poco de partir el emperador, Reinaldo fue rodeado por una de las patrullas del emir de Alepo. Sabiéndose de antemano perdido, se defendió con la bravura que le distinguiría siempre, pero todo fue en vano: el príncipe de Antioquía fue hecho prisionero y llevado a prisión, donde permanecería encerrado sin que ni el emperador, ni ninguno de los sucesivos reyes de Jerusalén, ni su desencantada esposa Constanza se preocuparan jamás por pagar su rescate. Durante su estancia en la cárcel perdió todo lo que poseía, porque al morir su esposa, el dominio de Antioquía paso al hijo de ambos, Bohemundo III, que había renegado ya del recuerdo de su padre.

Todo ello hizo que, si el Reinaldo de Chatillon que había sido apresado ya distaba mucho de responder al ideal caballeresco, el que salió de las mazmorras de Alepo no era ya más que una máquina de odio, un odio indiscriminado hacia todos; hacia los musulmanes, por haberlo apresado durante tanto tiempo y a los cristianos por haber permitido que los otros lo retuvieran.

Y lo peor de todo es que, a pesar de los años transcurridos, no había perdido ni la sagaz astucia ni la perspicaz inteligencia de que frecuentemente había hecho gala. A los pocos meses de su liberación, y a pesar de su nulo patrimonio, contrajo nupcias con Estefanía, rica heredera de toda la Transjordania y viuda de Miles de Plancy, quien dicen que se casó con él por ver en esa boda el mejor modo de causar perjuicio a Raimundo de Trípoli, a quien ella odiaba desde que le arrebatara la regencia a su difunto marido. Y si lo que dicen es cierto, entonces debe reconocerse que acertó de pleno, porque nada pudo causar tanto daño al reino como el retorno triunfal de Reinaldo de Chatillón.

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Íñigo de Miguel Beriáin nació en Pamplona el año 1972. Es licenciado en Derecho y Ciencias Económicas. Actualmente se dedica a la elaboración de su tesis doctoral.

En 1999 publicó su primera novela, *De la Vida y el Mar*.

Es premio *Francisco Ynduráin* de las Letras para Escritores Jóvenes, en su edición de 1999.

Es además analista literario en la cadena de radio Net 21. El fragmento que se muestra pertenece a su segunda novela, aún no editada, *Crónicas del rey leproso*.